

**Discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de Los Andes por el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa  
Edda O. Samudio A.**

Buenas Noches:

Cumplo emocionada pero con gran complacencia, el deber de expresar mi profundo agradecimiento por el alto honor que la Universidad de Los Andes me ha conferido con el otorgamiento del doctorado Honoris Causa en Historia, privilegio y dignidad que me sobrecoge, porque se trata uno de los rituales, el más solemne que confiere la universidad, concedido al docto, al que enseña, término que define y honra al maestro. Este título universitario que tiene sus raíces en la cultura romana en la primera y segunda centuria antes de Cristo, en Marco Tulio Cicerón, uno de los más importantes autores de la historia romana y en Quinto Horacio Flavio, uno de las **magnas** figuras de la literatura universal. Como título universitario se encuentra por primera vez en el siglo XV.

Nunca pensé que alguna vez sería objeto de un reconocimiento como éste que, como he recordado, halla sus raíces en el mundo clásico y que por su magnanimidad me planteó interrogantes sobre mi condición humana, como ser humano se es pequeño. Cuando tuve conocimiento de esta noticia, inquietaron mi pensar muchas cavilaciones e interrogantes acerca del conocimiento y de la forma como éste se edifica. Recordaba, entonces, la sentencia del insigne escritor español del siglo XVII, el jesuita Baltasar Gracián: “no hay maestro que no pueda ser discípulo”, y me atrevo a agregar a su verbo que “no hay discípulo que no pueda ser maestro”.

Desde los primeros días de mi quehacer universitario, recibí, como acontece a todos los que nos dedicamos a la docencia e investigación, la inigualable posibilidad de hallarme una y otra vez, por años, por décadas, en el aula, que es lo más grande y lo más sagrado para nosotros, y allí, donde se comparte el pensamiento, se nutre el intelecto y se discute con razón el decurso de las ideas, me encontré con los estudiantes. Ellos son, en gran medida, la primera y más permanente cátedra con quienes aspiramos compartir aprendizajes.

Aprendizajes que se hacen en el seno de una noble institución como es la Universidad, nuestra universidad, institución comprometida con el pensamiento universal, con la universalidad de posturas, de visiones, de ideas, métodos, creatividades, entre tantos otros. No olvidemos que este noble templo del saber no puede, ni podrá bajo ninguna circunstancia comprometer su improrrogable papel de formar hombres y mujeres con respeto inalienable a la dignidad humana, a la sociedad y a su hábitat, para garantizar la supervivencia de todas las formas de vida y del universo, conforme lo propone Van Rensselaer Potter.

La delicada misión del maestro, es la de hacer de los espacios académicos el recinto sagrado donde proporcionar no solo conocimientos, sino también profundos valores humanos. Afortunados los que tuvimos con el ejemplo y la práctica sus aprendizajes. En el seno de la vida universitaria, en mí, no acabado proceso de aprendizaje como docente e investigadora, encontré maestros como el doctor David Robinson, quien

contribuyó y estimuló permanentemente mi formación doctoral en University College de la Universidad de Londres y con quien todavía comparto inquietudes investigativas. Justo es mencionar al Padre José del Rey Fajardo, guía espiritual y constante consejero académico, con quien he participado y participo en importantes proyectos de investigación; él me ha dotado de sabios aprendizajes.

En momentos como éstos, no puedo dejar de agradecer a los colegas de la Escuela de Historia y a los de las demás Escuelas de la Facultad de Humanidades, quienes con su apoyo hicieron posible este reconocimiento que esta noche me honra. Tampoco puedo ignorar a los profesores del núcleo Pedro Rincón Gutiérrez del estado Táchira, quienes gustosos apoyaron mi postulación, en forma muy especial al doctor José Pascual Mora.

De manera particular debo gratitud a la profesora Nancy Rivas de Prado de quien partió esta iniciativa y su empeño hizo posible el otorgamiento del doctorado. Asimismo, deseo agradecer las expresiones generosas hacia mi persona de la distinguida profesora y querida amiga, doctora Luisa Elena Molina y del dilecto amigo, rector y académico, el Padre José del Rey Fajardo.

La mezcla de nostalgia y regocijo que se entrelazan en momentos tan emotivos, me lleva a recordar que con la fortaleza de la juventud y cargada de sueños y vivencias de una infancia y adolescencia feliz en Panamá, mi país de origen, me reasenté en esta ciudad hermosa, guarecida por dos macizos andinos que me estremecían y donde las días fríos, taciturnos y solitarios que jalonaban con nostalgia los recuerdos del hogar paterno y la vida en el seno de una familia protectora, se fueron transformando, lentamente, en un transcurrir cálido y alegre que fue enraizando mi existencia a esta tierra que hice cada vez más mía. Cuando nacieron Edda Leonor y Rodrigo Oswaldo mi sentimiento patrio se agigantó al esparcirse y abarcar con el amor de madre a Venezuela. Hoy, un cúmulo de emociones afloran tironeados por las huellas de mis primeras dos décadas de vida en el istmo, las que estuvieron impregnadas de fortalezas, principios y valores que proveyeron el caminar por un sendero concreto y cristalino y, por los copiosos años siguientes vividos en este terruño, en nuestra Universidad de Los Andes a la que me até y continúo atada con un compromiso de vida; en ella, transcurrieron y aún transcurren años colmados de un mundo de vivencias nuevas, distintas y hasta extrañas, pero extraordinariamente enriquecedoras porque me proporcionaron y proporcionan los más grandes aprendizajes; no alcanzo a retribuir lo mucho que la Universidad de Los Andes me ha dado.

Aflora en ocasiones como éstas, el profundo e imperecedero sentimiento de gratitud a esos insignes padre y madre, ya en el sueño eterno, quienes con ejemplo y dedicación impregnaron de valores éticos y morales a sus seis hijos y de quienes como educadores, desde muy temprano, aprendí a hacer de la autoexigencia una práctica equilibrada y permanente. A mis hermanos que junto a nuestros progenitores llenaron de dulzura y gozo la cotidianidad hogareña y a quienes distantes físicamente, tengo siempre cerca. A Oswaldo, hoy, ausente, compañero y guía de muchos de mis aprendizajes y padre de ese hermoso regalo que me dio la vida: Edda Leonor y Rodrigo Oswaldo. A ellos, por ser hijos en el más noble y profundo sentido de la palabra, acompañantes inquebrantables de alegrías y sacrificios; estímulo y sostén de mis sueños, proyectos y hasta utopías que hoy comparten sus cónyuges, mis cinco amados nietos y hermosa bisnieta.

Por el afecto y solidaridad a las amigas y amigos de siempre, enaltezo con gratitud imperecedera la memoria de dos seres que fueron mis padres putativos, soporte y compañeros fieles en muchos momentos de mi vida en esta tierra andina: Arturo e Isabel Eicher.

Hoy, en su día, honro a los estudiantes, a mis tesis de hoy y los de diversas promociones con quienes conservo estrecha comunicación, agradezco que un buen número me acompañe en este solemne momento de reconocimiento, que también es de ellos, porque son parte de mis logros; fueron y siguen siendo fuente de aprendizaje, de respeto, de superación y trabajo.

Creo que al concederme esta honrosa distinción que recibo y agradezco, profundamente emocionada, se reconoce en mi persona logros de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. En efecto formé parte un pequeño grupo de docentes que tuvimos la fortuna de vivir la época del importante cambio en su pensum de estudio, cuando se dieron los primeros pasos en el camino hacia su transformación, con la inclusión del quehacer investigativo en el campo de la Historia en nuestra Alma Mater.

Recuerdo con claridad meridiana, las primeras promociones de esos jóvenes tesisistas que con confianza y audacia se adentraron al estudio de problemas originales e inexplorados en esta Mérida exquisita y pródiga en fuentes históricas. Hoy, algunos de ellos se nutren de diferentes recursos metodológicos, nuevas consideraciones epistemológicas, diversidad de fuentes y enfoques que hacen de ellos investigadores creativos, productivos, sensibles y críticos, con tenacidad científica, ética, humanística y claridad del compromiso social que practican en su quehacer histórico. Sus publicaciones recorren importantes espacios del mundo académico en y fuera del país; otros cumplen la función importante de cronistas contribuyendo con sus historias cotidianas a cristalizar esa conciencia y sentido de pertenencia a la tierra de sus ancestros, considerada como la "primera y última patria" de Edgar Morín.

Algunos se desempeñan en importantes funciones públicas y también como docentes en la educación media y universitaria, trasladando a las aulas las inquietudes de la duda histórica, para estimular en sus estudiantes de manera autónoma el esbozo de los problemas históricos de su interés, circunstancia que les permite llevarlos sabios y firmemente de las manos al planteamiento de problemas, que conduce a una mejor utilización de la memoria histórica para la interpretación de la realidad presente y la previsión del futuro; haciendo suya la exhortación de Lucien Febvre de que "Plantear un problema es, precisamente, el comienzo y el final de toda historia. Sin problemas no hay historia".

Con esta concepción experimentan la educación *enfocada por problemas*, asumiendo su rol junto a los demás actores comprometidos a contribuir al logro progresivo de la supresión de la dependencia científico-tecnológica, manteniendo nuestra identidad histórica y pluricultural, a la vez que con acceso pleno a los recursos y beneficios de la ciencia, la tecnología y la comunicación del mundo actual.

Deseo recurrir al sociólogo alemán Karl Mannheim quien apeló a dos conceptos luminosos como momentos que se superponen en la historia, pues generalmente después de una etapa utópica viene una etapa ideológica. Por "utopía" Mannheim

entendía un momento en el que los hombres intentan poner en práctica sus sueños acerca de una sociedad mejor. Por “ideología”, el autor alemán entendía los esfuerzos colectivos para congelar la historia y sofocar esos sueños.

Esta noche deseo convocar a toda la sociedad del conocimiento ulense para que mantengamos los retos, los sueños y los compromisos de la utopía de esta nuestra Alma Mater porque así nos lo exige el cambio de agujas de la historia; con un profundo sentido de pertenencia podemos contribuir a preservar su misión ética de emblema humano y social de la educación universitaria, forjadora de sabiduría y dignidad, con la consigna de preservar la supervivencia de las futuras generaciones con libertad, justicia, respeto a los derechos humanos, democracia y paz.

Cierro retornando mis reflexiones iniciales para expresarles que también este doctorado cristaliza un homenaje a todos aquellos maestros que como señalé en el preludio de mis palabras, son los que indagan y prometen buscar en el pensar y en la razón las respuestas a las nunca acabadas preguntas del ser humano. Entre esos maestros están los estudiantes con sus búsquedas e interrogaciones en el sagrado recinto del aula; los investigadores a través de cuyo quehacer el conocimiento fructifica y se renueva; y, especialmente, a aquellos que, desde la elevada prestancia de la UNIVERSIDAD, han hecho, de su propia vida, una lección permanente, como formadores del espíritu y del intelecto. Gracias a todos por acompañarme a recibir esta generosa distinción de nuestra Alma Mater.

Mérida, 21 de noviembre de 2011